



<http://www.uasb.edu.ec/padh> - padh@uasb.edu.ec



Aportes Andinos N. 8 Desplazamiento forzado y refugio

Identidad y desplazamiento forzado

*Martha Nubia Bello**

Contenido

- I. Introducción. Marco normativo venezolano
- II. De la Legislación y sus principios
- III. Del procedimiento de elegibilidad adoptado
- IV. Del alcance de la definición de refugio adoptada por la legislación venezolana

El desplazamiento constituye una violación múltiple de los derechos humanos. Las consecuencias que acarrea no son sólo demográficas, económicas o políticas sino que, debido a una serie de eventos violentos que existen antes, durante y después del desplazamiento, las personas son afectadas en su dignidad, su identidad y, por lo tanto, en su bienestar emocional.

Los desplazados hombres, jóvenes, mujeres, ancianos y niños han sido vulnerados en sus derechos: su integridad física y emocional ha sido violentada a través de distintos mecanismos, todos ellos empleados con el propósito de generar miedo y terror y, en últimas, obligar al sometimiento o al desplazamiento. Quienes se desplazan lo hacen porque sienten que su vida o la de sus familiares peligra; desplazarse es, por lo tanto, una estrategia de salvaguarda y de conservación de la vida y de la unidad familiar.

Antes del desplazamiento las personas enfrentan situaciones violentas, degradantes y humillantes en medio de la desprotección y el desamparo que generan sentimientos de miedo, terror, impotencia y ansiedad. En la mayoría de los casos estas situaciones obligan a tomar la decisión de salir y convierten a los pobladores en despojados y desarraigados. Por las circunstancias en que se producen, tanto hechos como sentimientos, éstos no pueden ser expresados, socializados ni elaborados fácilmente.

Sin embargo, el malestar emocional (1) de las

personas desplazadas no es sólo producto de los hechos que obligaron a la salida sino de las múltiples pérdidas y de la falta de elaboración de sus respectivos duelos. A las situaciones y sentimientos ya descritos se suma la presión generada por los múltiples cambios que se ven obligados a enfrentar de manera intempestiva e indeseada, durante el proceso de ubicación e inserción en los nuevos contextos de llegada.

Las personas en situación de desplazamiento, ya sea individual, familiar o colectivo, se ven obligadas a perder y abandonar no sólo pertenencias y propiedades (territorios geográficos), sino relaciones y afectos construidos históricamente con el entorno, expresados en las maneras propias de vivir y sentir la región, y con los vecinos y familiares (territorios de vida); es decir, el desplazamiento destruye, además, comunidades (identidades colectivas) en tanto desestructura mundos sociales y simbólicos y provoca la ruptura de aquello que se podría denominar, en palabras de Berger y Luckman (2), "lo dado por supuesto" (1997, p. 79), creencias, valores, prácticas, formas y estilos de vida.

La experiencia vital de grupos e individuos es abruptamente alterada, sufriendo transformaciones en la identidad colectiva e individual, esto es, en "la representación que tienen los agentes (individuos o grupos) de su posición en el espacio social y de sus relaciones con otros agentes (individuos o grupos) que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio" (Giménez, 1994, p. 261)

La imagen que de sí mismos han construido históricamente las personas víctimas del desplazamiento (individual y colectivo) y que les ha permitido *diferenciarse* o distinguirse de otros y, al mismo tiempo, *ser reconocidos* por otros, es desestructurada y reconstruida a la luz de las nuevas realidades y posiciones sociales que están obligados a asumir.

Analizar este proceso implica, de un lado, identificar las condiciones particulares de inserción en los espacios específicos de reubicación, pequeñas y grandes ciudades, de acuerdo con las nuevas exigencias de acomodación en estos contextos y, por el otro lado, identificar los procesos particulares de confrontación que en torno a la identidad deben asumir las familias y las comunidades desplazadas para enfrentar la condición que desencadena este hecho de violencia.

1. Las exigencias de acomodación de los desplazados en los nuevos lugares de reubicación

Los desplazamientos individuales y familiares constituyen la modalidad más usual de desplazamiento (3), siendo inevitable en estos casos que se dé un proceso de destrucción de las comunidades y de sus identidades colectivas, por efecto de la fragmentación y desintegración de sus miembros. El desplazamiento implica un costo social y cultural por cuanto al obligar a los miembros de una comunidad a emprender rumbos distintos de manera individual y fragmentada se rompen las relaciones, destruyéndose no sólo sistemas de producción agrícola sino también de producción social y cultural.

1.1. Del entorno rural al entorno urbano (4)

Si se tiene en cuenta que un 48% de los desplazados eran pequeños propietarios, que un 43% carecían de propiedades (CODHES, 1997) y que en muchos casos debieron abandonar sus pocas pertenencias o venderlas a precios irrisorios, no es de extrañar que queden obligados a insertarse en la ciudad en condiciones de absoluta pobreza.

La población desplazada sólo puede ingresar a los barrios que hacen parte de los llamados cinturones de miseria o barrios subnormales, sectores donde el mercado de tierras es aún de relativo fácil acceso, gracias a la ausencia de controles estatales en su uso y regulación y a sus bajos precios, en comparación con otros sectores. Esta situación se presenta debido a las condiciones de alto riesgo de los terrenos (antiguas canteras al borde de deslizamientos, bordes de humedales, terrenos erosionados, etc.), a su condición de ilegalidad y, en consecuencia, a la carencia de un equipamiento urbano mínimo.

Las familias desplazadas pasan así de zonas rurales a hacinamientos urbanos, de relaciones de vecinos conocidos por años a relaciones con habitantes extraños y anónimos. Provenientes de comunidades por lo general caracterizadas por relaciones tradicionales, se enfrentan a los determinantes de una ciudad moderna en donde el mapa de lo sacralizado se ha modificado. Su vida debe transcurrir ahora en los barrios populares, mucho más heterogéneos y complejos que la vereda o el pueblo, lugares que reúnen en un pequeño terreno a una gran variedad de personas de distintas regiones, climas y costumbres cuyo denominador común es la pobreza.

Esta población construye urbe al lado de los afectados por la situación de pobreza del país. Las particularidades de sus historias, signadas por las situaciones de violencia que vivieron y siguen viviendo, los obliga a asumir ciertos estilos y formas de vida que entran a hacer parte y a incidir en las características sociales de los lugares que habitan.

Los barrios a los que llegan los desplazados ofrecen características diferenciadas, no sólo en lo relativo a su proceso de desarrollo infraestructural, sino al tiempo de formación y a las dinámicas particulares que se han ido configurando. Estas diferencias son significativas en la forma como se relacionan con los demás pobladores y en la manera como inciden en la vida del barrio.

1.2. De comunidad tradicional a comunidad moderna

La población desplazada por la violencia es, en su gran mayoría, de procedencia campesina, perteneciente por tanto a las llamadas culturas tradicionales, caracterizadas por "su vinculación a una comunidad local, su naturaleza prevalentemente consensual y comunitaria, su fuerte coeficiente religioso y su invariable referencia a una tradición o memoria colectiva" (Giménez, 1995, p. 261).

A pesar de la diversidad de lugares de procedencia es común denominador encontrar en los testimonios de los desplazados una fuerte relación con la tierra, la evocación permanente del río, la montaña y los animales, los cuales han hecho parte de su forma de vida, no sólo por haber sido la fuente permanente y siempre dispuesta para la subsistencia, sino la base del trabajo que les ha permitido ganar el reconocimiento como personas capaces de tener independencia y de responder por sí mismas. Es el conocimiento y la capacidad para trabajar la tierra lo que les permite convertir-se en un "hombre de bien", por cuanto de ello depende, en gran medida, la posibilidad de tener una familia y responder por ella.

Las relaciones establecidas en el interior de sus comunidades son muy estrechas debido a los vínculos familiares que las caracterizan (los vecinos son al mismo tiempo primos, cuñados, tíos, etc.) y a

la permanencia por años que los convierte a todos en conocidos, generando lazos de confianza y solidaridad. Se puede decir que en la pequeña comunidad campesina "se sabe quién es quién".

A pesar del aparente aislamiento en que viven las familias debido a las distancias, existe una red de relaciones muy fuerte construida alrededor de la organización para la producción (arrendamiento de tierras, préstamo de mano de obra, mingas, etc.), la distribución y el consumo de productos.

Existen, además, mecanismos de intercambio como el trueque o el fiado, o de contratación como jornaleros, que validan los acuerdos de palabra, lo que supone que cada miembro de la comunidad goza de una "identidad social" en tanto es reconocido por los otros (quienes le atribuyen roles y características) y de una *identidad personal*, que implica que el individuo se diferencia de los demás y "sabe qué esperan o suponen de él, los otros"(5), y en consecuencia cómo actuar.

La ciudad, sitio de llegada de quienes se han desplazado individual y familiarmente, se identifica comúnmente con la llamada "cultura moderna", caracterizada, según Giménez, por la deslocalización, es decir, la desvinculación de todo espacio particular y determinado por efecto de la movilidad geográfica (se nace, se vive, se trabaja y se muere en lugares diferentes), su orientación profundamente individualista y ya no comunitaria y la fragmentación y pluralización referidas a la multiplicación de los referentes simbólicos y, más aún, a la falta de integración recíproca, lo que da por resultado un panorama cultural fragmentado y descentrado (1995, p. 262).

Las identidades propias de la llamada "cultura moderna" serán "necesariamente deslocalizadas, inestables y principalmente individualistas" (1995, p.263). En consecuencia, las comunidades campesinas que ingresan a la ciudad enfrentarán conflictos, choques, destrucciones y reconstrucciones, tanto en el plano de la identidad individual como colectiva. Sin embargo, es necesario precisar que los barrios populares a los que llegan la mayoría de los desplazados se constituyen en espacios "híbridos", pues han sido construidos por campesinos y a pesar de estar en las ciudades expresan características propias de la vida rural, que conviven con las dinámicas propias de la vida moderna.

1.3. El deterioro de la calidad de vida

Hambre y hacinamiento

El cambio del campo a la ciudad significa desmejorar dramáticamente sus condiciones de vida; aun cuando la mayoría provienen de zonas caracterizadas por la pobreza y carencia de los bienes y servicios deseables, en sus pueblos

contaban con dos aspectos importantes: el alimento y el espacio. Estas dos condiciones se pierden en la ciudad, donde son condenados al hacinamiento y el hambre.

El hacinamiento no sólo representa incomodidad, significa también pérdida de privacidad, conflicto por el uso del espacio y, en muchos casos, en palabras de Castillejo (2000), convertir "a los otros semejantes en los otros próximos". lo cual genera conflictos y deteriora relaciones. Para sobrevivir en la ciudad muchas familias se ven obligadas a vivir con familiares o vecinos, lo cual crea continuos enfrentamientos por los estilos de crianza, por el ejercicio del control y el castigo.

El encierro en la ciudad se acentúa por los temores de las familias frente a las nuevas amenazas: robos, violaciones, sectas satánicas. En especial se infunde en los niños el miedo a la ciudad y la aceptación del encierro.

El carecer de techo aumenta la sensación de inseguridad e incertidumbre; el estar "arrimado" limita la autonomía y la independencia. De otro lado, los continuos cambios de domicilio impiden la construcción de relaciones estables con los vecinos y, por lo tanto, las posibilidades de construcción de un sentido de pertenencia hacia el nuevo lugar.

Al hacinamiento y la inestabilidad en la vivienda, se suma el hambre, situación desconocida para las personas provenientes del campo que se ven despojadas de la posibilidad de alcanzar el alimento de la planta y que se escandalizan porque el agua se venda. Dadas las condiciones de vida de estas familias, la ciudad es también sinónimo de frío, de barro, de climas y olores hostiles.

La carencia de trabajos dignos y estables

Dada "la enorme importancia del trabajo como factor organizador y estabilizador de la vida psíquica, especialmente si es un trabajo para el cual el sujeto tiene habilidad y del que obtiene satisfacción" (Grinberg,1984), es importante destacar que la dificultad de los desplazados para encontrar trabajos estables y que respondan a sus habilidades y conocimientos contribuye a agudizar sus problemas emocionales. [a falta de trabajo no sólo los pone en condición de dependencia (vivir de la caridad pública o de lo que brindan los programas asistenciales), sino que les impide encontrar "un sitio" en el nuevo lugar. Si bien, para la gran mayoría fue el trabajo el que les permitió ganar independencia y reconocimiento en el pasado, la cesantía los coloca hoy en una situación de "no hacer", que deteriora su autoimagen y hace eco a los señalamientos de "perezosos, holgazanes y vividores

La sobrevivencia obliga al desempeño de oficios nuevos en condiciones de sobreexplotación y de gran inestabilidad. [os regímenes contractuales y legales presentan una dimensión ajena a los parámetros de

relación laboral propios de los migrantes, sus representaciones del mundo en este campo no necesariamente corresponden al régimen civil de la ciudad. Para muchos campesinos, por ejemplo, las relaciones productivas que se establecían estaban atravesadas por las relaciones de compadrazgo o de familiaridad, lo cual determinaba no sólo ritmos distintos en el trabajo, sino una apropiación en el hacer distinta, influenciada por el afecto y el conocimiento; era usual empezar a trabajar sin contrato pues era válido el "contrato de palabra".

Las condiciones que dificultan la satisfacción de las necesidades humanas de las familias desplazadas trastocan, de igual forma, la imagen y proyección que tradicionalmente habían construido sobre sí mismas en los lugares de procedencia, donde el quehacer diario familiar entrelazaba interdependientemente los ámbitos productivos y reproductivos, lo que convertía a este espacio en el eje principal de las relaciones de afecto, solidaridad, apoyo y producción.

El nuevo contexto exige como estrategia de supervivencia todo lo contrario: que todos y cada uno de los miembros de la familia se muevan en espacios y labores diferentes; de esta manera el plan que la familia había construido articulando a cada uno de sus miembros en un único proyecto de vida en torno a lo productivo y lo reproductivo, se modifica; ahora cada uno de los miembros, enfrentado al amplio abanico de opciones que ofrece el contexto, reconstruye su proyecto de vida de acuerdo con el nuevo relato que desea construir sobre sí mismo, lo cual no implica necesariamente estar en estrecha articulación con los proyectos de vida de los demás miembros de la familia.

Inmersos en un contexto marginal de la ciudad que presupone en muchas de las ocasiones hostilidad de los terrenos, agresividad del urbanizador clandestino o del vecino, el difícil acceso a los servicios básicos, a un trabajo digno y estable y, en últimas, dificultades para la sobrevivencia, exigen cambios drásticos que, unidos a las situaciones de miedo, tensión, dolor y pérdida que obligaron el desplazamiento, al presionar de manera contundente a la familia reviven culpas (6) y agudizan conflictos.

1.4. Nuevos roles, nuevos estatutos, nuevas relaciones de poder

En el campo, la distribución de roles para mujeres, niños, adultos y ancianos está claramente establecida y delimitada, al igual que los comportamientos frente al trabajo, la sexualidad y la religión, pues, tal y como lo afirman Berger y Luckman (1997), una de las características de las comunidades tradicionales es la limitada oferta de modelos y opciones para el comportamiento. [as identidades propias de estas culturas "serán identidades preponderantemente colectivas, sólidamente

territorializadas, bien cimentadas por una solidaridad comunitaria".

La ciudad plantea exigencias hasta ahora desconocidas, los oficios aprendidos y desempeñados poco o nada sirven en este nuevo contexto. El espacio y el tiempo se modifican de forma radical pues, como dice una mujer desplazada, "en el campo nunca había tenido vecinos tan cerquita, ni el tiempo corría tan rápido". En el nuevo lugar los hábitos, las costumbres y hasta las creencias entran en conflicto.

1.5. Nuevo entorno: nuevas relaciones de vecindad

"El vínculo social del sentimiento de identidad es el más manifiestamente afectado por la migración, ya que justamente los mayores cambios ocurren en relación con el entorno. Y en el entorno todo es nuevo, todo es desconocido, y para ese entorno el sujeto es 'un desconocido'" (Grinberg, 1984). El desconocimiento del entorno alude además a la dificultad que se tiene para moverse en la ciudad, para reconocer las instituciones y la red de servicios urbanos y sus mecanismos de acceso.

Entre lo perdido, lo nuevo y lo desconocido, y en medio de un proceso de permanente confrontación, tiene lugar un difícil y doloroso proceso de replanteamiento de la identidad del individuo.

2. Quién era y quién soy: la reconstrucción del pasado y del presente

"La identidad es lo que puedes decir de lo que eres considerando lo que ellos dicen que puedes ser". (7)

La salida abrupta y el ingreso a contextos distintos y ajenos provocan una serie de transformaciones en la identidad de los desplazados puesto que sus rutinas, sus pertenencias, sus señales distintivas y sus relaciones deben modificarse en virtud de su nueva situación, lo que altera significativamente la realidad objetiva y la subjetiva del individuo.

La identidad es un proceso (no un estado ni una esencia) de elaboración subjetiva que permite que cada individuo construya una versión o versiones de sí mismo (que define roles y atributos) a partir de la relación con los otros, quienes, a su vez, dicen y otorgan. Es, por lo tanto, un "sentimiento que se desarrolla basado en los vínculos con otros" (Grinberg, 1984). La identidad es "una forma de estar en el mundo, más que un objeto que se tiene o no se tiene, es una respuesta relacional a un encuentro" (Castillejo, 2000), y se expresa, construye y reconstruye mediante narrativas.

El desplazamiento forzado, en tanto evento desencadenante de transformaciones radicales

debidas a los cambios abruptos de contextos, haceres y decires, pone a prueba la capacidad del individuo para "seguir sintiéndose el mismo y mantenerse estable" (Grinberg, 1984). En este sentido, y dependiendo del "material" del que cada sujeto dispone y del tipo de situaciones que enfrente, puede producir inseguridad, incertidumbre, confusión y, por lo mismo, el deterioro del sentimiento de identidad o, por el contrario, puede propiciar una revisión crítica de la experiencia vital, un reposicionamiento social y, en consecuencia, permitir la revaloración de sí mismo.

Así como son diversos los eventos que desencadenan el desplazamiento, la heterogeneidad de las comunidades de procedencia, la diversidad de individuos afectados y los contextos y condiciones de llegada, lo son también las reacciones y las posibilidades de afectación o elaboración positiva de esta situación.

Sin embargo, dado que la biografía que construye cada sujeto es fruto de un proceso histórico de interacción con otros, que "se completa indefinidamente en los distintos contextos relacionales significativos (redes familiares, comunitarias e institucionales) a lo largo de la vida" (Linares, 1996), y que para mantenerla y reactualizarla coherentemente requiere de estructuras de plausibilidad específicas, de la base social y de los procesos sociales, es necesario, entonces, analizar las transformaciones e impactos sobre los contextos significativos para los individuos y las condiciones que ofrece el nuevo entorno a fin de constatar dicha plausibilidad.

2.1. Las transformaciones e impactos del desplazamiento sobre la familia

Los cambios y el grado de afectación de las familias son diferentes si éstas se ha desintegrado por la desaparición de uno de sus miembros o si se desplaza con todos sus integrantes. Según señala CQDHES (1997), el 53 % de los desplazados son mujeres y el 54 % niños y niñas menores de 18 años; estas cifras se deben a la desaparición o ausencia de los hombres, quienes son casi siempre las víctimas del asesinato y las amenazas. Es decir, la gran mayoría de familias desplazadas son familias incompletas en las que la mujer responde como cabeza de familia.

Las mujeres, convertidas en jefes de hogar, deben asumir la manutención y crianza de sus hijos por lo que se ven obligadas a desempeñar algún oficio para la generación de ingresos. Esta situación trastorna de manera radical su cotidianidad, entre otras razones, porque deben salir de sus hogares y ausentarse por largas horas.

Las transformaciones en la vida de la mujer implican cambios para sus hijos e hijas pues éstos, especialmente entre los 8 y 14 años, quienes

deben asumir el papel de padres y madres: preparan los alimentos, cuidan a los más pequeños, recogen y cargan agua y, en general, responden por el funcionamiento de la casa en ausencia de sus madres. Los hijos e hijas adolescentes, cuando los hay, empiezan a insertarse rápidamente en las dinámicas del rebusque, la sobrevivencia y la cotidianidad urbana.

Al dolor que significa la pérdida de un miembro del hogar y la ausencia de otros familiares, al miedo y al silencio obligado que por seguridad deben mantener los desplazados para no seguir siendo objeto de señalamientos y amenazas, la familia desintegrada debe sumar todas las dificultades que significa ingresar al ambiente urbano y enfrentar la subsistencia. La urgencia de las necesidades económicas parece no dejar tiempo ni espacio para afrontar la grave situación emocional por la que atraviesan todos los miembros de la familia, al punto que el conflicto permanece invisible y oculto, no se expresa como problema.

En las familias que se desplazan con todos sus miembros suelen presentar-se dificultades relacionadas con los roles y los procesos de socialización e identidad. Hombres y mujeres deben laborar en actividades nuevas; en muchos casos la ciudad ofrece más posibilidades de trabajo para las mujeres que para los hombres, quienes, en ocasiones, deben quedarse en casa y realizar las labores "propias de las mujeres".

Aun cuando en algunos casos el hombre siga siendo el proveedor y jefe del hogar, la vida del barrio ofrece a las mujeres posibilidades hasta entonces desconocidas: el contacto permanente con vecinos de otros lugares, el obligado desplazamiento por las nuevas necesidades que demanda la gestión doméstica y la apertura abrupta a lo público y a las nuevas formas de sociabilidad propias de la ciudad. Estos cambios generan en ellas un sentimiento nuevo de reconocimiento que resulta atractivo en medio de lo difícil de la situación familiar.

Si bien es cierto que las rápidas transformaciones económicas han incidido y presionado cambios vertiginosos en todas las familias, tanto urbanas como rurales, éstos afectan de manera particular a las familias desplazadas, si se tiene en cuenta que por ser súbitos no dan lugar a procesos de adaptación, la familia se ve obligada a dejar de repente no sólo sus propiedades sino vecinos, amigos, familiares y ambientes. La particularidad del conflicto que viven las familias desplazadas está claramente relacionada con la pérdida brusca de sus "proyectos de vida".

En la dinámica de las familias desplazadas incide una serie de factores y problemáticas que podrían sintetizarse de la siguiente manera:

1. Los problemas emocionales que genera el desplazamiento en cada uno de los miembros: el

temor, el miedo, la pérdida. El desplazado, tal como lo afirma (Castaño, 1994), toma decisiones "cuando ya ha invertido gran parte de sus recursos psicológicos resistiendo la situación de violencia que vive en su región. Ésta, por su intensidad, quiebra su capacidad de respuesta, lo que en efecto ocurre cuando las amenazas contra la vida propia o la de la familia son el prelude real de muerte, cuando se ha sobrevivido a una masacre o cuando ha sido asesinado o desaparecido un familiar o un allegado. Estos y otros hechos producen en las víctimas, que posteriormente se ven obligadas a desplazarse, un severo impacto emocional, el cual por lo general no es asimilado y elaborado suficientemente en esos momentos por el aparato psicológico del afectado".

2. Las parejas son afectadas por los cambios de roles que una y otro deben asumir. Las relaciones de poder existentes, aceptadas o no, se trastocan por el estatus que adquiere en el hogar quien ocupa el papel de proveedor o quien expresa mayor fortaleza. Los tradicionales esquemas de poder y autoridad se alteran recomponiendo órdenes de jerarquía y redistribuyendo, en muchos casos, los roles. Los nuevos contextos condicionan y enmarcan la acción de la pareja redefiniendo los lazos y renegociando no sólo las identidades, sino las posibilidades identificatorias que propone la ciudad.

3. Las relaciones de los padres con los hijos también se conflictúan. En los casos de los hijos adolescentes, los padres expresan la sensación de "habérseles salido de las manos", debido a que en la ciudad los jóvenes parecen sentirse más a gusto que sus padres y porque ya no es posible controlar "con quién o en dónde andan". Los hijos adolescentes, según lo expresa un padre desplazado, "le pierden el respeto a uno, porque ven que aquí uno no es nadie y no sirve para nada".

Es necesario advertir que si bien todos los miembros de la familia sufren transformaciones e impactos, lo cual acentúa la conflictividad en la familia, lo sufren de manera diferente, teniendo en cuenta las particularidades del género y de la generación.

Tanto los eventos previos, como el desplazamiento mismo generan una serie de impactos sobre la familia, que pueden caracterizarse de la siguiente manera:

La fragmentación de la familia

Se puede producir antes o después del desplazamiento; antes por el asesinato, secuestro o reclutamiento de alguno de sus miembros y después por las modalidades del desplazamiento: repartición de los hijos en diversos hogares de familiares o amigos cercanos, distintos momentos de la salida (huyen en primer lugar los hijos, o éstos en compañía de su madre, o salida inicial del

padre, etc.) o salida incompleta (en algunos casos los adultos mayores se niegan a salir de sus lugares de origen).

La recomposición de las familias

Para enfrentar el desplazamiento muchas familias se ven abocadas a juntar núcleos familiares y a acoger a parientes cercanos como mecanismo de supervivencia en la ciudad, lo cual amplía el número de miembros del hogar y transforma la comunicación y las relaciones.

La familia, única red y espacio de apoyo con la que cuentan los desplazados, sufre serios traumatismos provocados por la imposición y adopción de nuevas formas y pautas de crianza que alteran los procesos de socialización, por la renegociación en momentos de crisis de roles y estatus y, obviamente, por las limitaciones y trabas con que tropiezan en el orden económico y social para cumplir con sus funciones tradicionales.

Sin embargo, la manera como cada familia enfrenta dichas transformaciones y, en consecuencia, el grado de afectación, dependerá de sus características previas: "Los vínculos de pareja o familia sólidos y estables ayudarán a afrontar y tolerar, en mejores condiciones, los avatares de las experiencias de cambio y elaborar los duelos respectivos. Si, por el contrario, estos vínculos son muy conflictivos, la situación de migración agudizará los conflictos y será el disparador de rupturas matrimoniales o de problemas entre padres e hijos" (Grinberg, 1984).

Los cambios y presiones que recaen sobre la familia afectarán diferencialmente a cada uno de sus miembros dependiendo de su edad, del género y de su capacidad para adaptarse al cambio. Los roles, posiciones y, por la tanto, la imagen de cada uno de los miembros en la familia, pueden cambiar; algunos sienten que pierden autoridad y reconocimiento; otros, por el contrario, consideran que su lugar es revalorado. Dado que en el nuevo escenario las actividades y comportamientos considerados propios del ser hombre o ser mujer, del ser joven, niño o niña cambian, se amplían o reducen, los papeles tradicionalmente otorgados resultan también modificados afectando negativa o positivamente según sea el caso.

Las múltiples posibilidades de relaciones y comportamientos observados en la ciudad, es decir, "la presencia de mundos discrepantes y definiciones contrastantes de la realidad" (Berger y Luckman, 1987), ponen en entredicho y llevan a confrontar lo que antes era incuestionable, como quién ejerce la autoridad, cómo se castiga, en qué se trabaja, cómo se relacionan hombres y mujeres, etc.

2.2. Impactos y transformaciones sobre las redes comunitarias

Es en la comunidad, entendida como un espacio físico y simbólico, donde el individuo aprende y construye formas particulares de relacionarse con el entorno, el tiempo y los otros; es una construcción histórico—social que se expresa en la existencia de costumbres, normas, pautas, proyectos e intereses que definen el sentido de un “nos” afirmador y diferenciador. La comunidad se materializa en la red vecinal cuyos rituales y tipos de comunicación e intercambio expresan relaciones de solidaridad y de conflicto. La red vecinal hace posible la participación en dinámicas y proyectos que crean sentido de pertenencia y la construcción de imágenes y relatos que dan cuenta de quienes la constituyen.

La comunidad en tanto construcción social no es una existencia a priori, resultante del compartir un espacio geográfico; en tal sentido habrá comunidades cohesionadas, fragmentadas, consolidadas o en procesos de formación, con fuerte o débil capacidad sancionadora o de reconocimiento.

El desplazamiento, o más bien los eventos que lo provocan, impactan a las comunidades por diversas razones:

a. Las comunidades son amenazadas por sus costumbres, credos, filiaciones o posturas políticas; su existencia depende de la transformación radical de los aspectos mencionados o de la salida de sus miembros.

b. Sus líderes o figuras representativas son asesinados, intimidados o amenazados, lo que genera en la comunidad sentimientos de miedo y desprotección.

c. Sus espacios representativos y de encuentro (la escuela, el parque, la iglesia, la tienda, etc.), por lo general, son los escenarios de acciones violentas, por lo cual quedan “marcados”, de esta manera se alteran sus usos y significados (8).

d. El orden establecido a nivel comunitario para regular las relaciones que establecen los sujetos en las diferentes redes de sociabilidad (compuestas por las relaciones de parentesco, amistad y vecindad), de participación (compuesta por las redes que posibilitan la organización comunitaria desde lo político para la movilización de recursos, la resolución de conflictos y la negociación con intermediarios) y de producción (compuesta por las relaciones que posibilitan la consecución diaria de recursos para la supervivencia), son amenazadas, vigiladas y controladas por el actor o los actores armados imperantes en las zonas, desconfigurando las relaciones que consuetudinariamente se habían establecido a través de la solidaridad, la confianza, la lealtad y la seguridad. En este nuevo orden impuesto, la población pierde su autonomía, su vida

cotidiana está condicionada, se debe pedir permiso al actor dominante o a los actores dominantes para actuar, la posibilidad de diferir es impedida y se instituye como mecanismo para el ejercicio del poder, la eliminación del otro física y simbólicamente como interlocutor válido (9).

El tipo de comunidades afectadas y de eventos violentos generan diversas respuestas. En algunos casos, cuando las relaciones de sociabilidad que posibilitan una comunicación estrecha no se encuentran tan viciadas por la presencia del actor armado, la amenaza externa cohesionan aún más a las comunidades y potencia su capacidad organizativa a pesar del éxodo o de la permanencia en la zona. En otros casos, cuando la interdependencia entre las diferentes redes que conforman la comunidad tiende a ser más bien fragmentada y rígida, la confusión ante lo intempestivo y dramático de los hechos genera desconfianza y recriminaciones entre sus miembros que debilitan los lazos de solidaridad y protección mutuos.

Los eventos violentos tienden a tener así un efecto más demoledor en las comunidades débilmente cohesionadas pues las respuestas ante los hechos suelen ser aisladas y desorganizadas, de tal suerte que cada familia enfrenta la situación con sus propios recursos. De otro lado, en este tipo de comunidades, el conflicto permea la mayoría de relaciones a través del rumor que genera desconfianza y culpabiliza a algunas de las personas representativas de la comunidad, lo que dificulta las salidas solidarias y colectivas.

Las repuestas de las comunidades dependerán también de sus pautas culturales y de la significación particular que den a los hechos lo cual está mediado por sus creencias religiosas, sus opciones políticas y, además, el conocimiento que se tenga para movilizar redes virtuales, es decir redes externas a la comunidad que le posibilitan apoyo frente a este tipo de eventos. El tipo y la calidad del apoyo que otorguen estas redes externas, determina de igual forma la posibilidad que se tenga para superar colectiva o individualmente la situación.

Las personas desplazadas abandonan su lugar (10), pero no siempre sus relaciones comunitarias, tal es el caso de los éxodos masivos, expresión de la resistencia colectiva a la violencia. Sin embargo, la mayoría de desplazamientos son de tipo familiar e individual lo que muestra la capacidad de la violencia para destruir comunidades y fragmentar procesos sociales. La salida familiar e individual niega las posibilidades para la acción organizada y en consecuencia facilita la acción y posicionamiento de los grupos armados.

Las familias que han sido desterritorializadas (11) sufren un impacto múltiple, caracterizado por pérdidas y transformaciones complejas, debido a la desestructuración “de las diferentes redes de

intercambio que configuran al grupo” (Castillejo, 2000). En consecuencia:

- a. Se rompe un tejido relacional particular definidor de códigos, formas y maneras de ser y de estar.
- b. Enfrentan la transformación abrupta de los referentes sociales: roles, pautas de comportamiento, creencias, costumbres y hábitos.
- c. Pierden contacto con figuras identificatorias y enfrentan pérdidas de tipo afectivo (vecinos, amigos, familiares).
- d. Pierden su espacio geográfico en el cual se construyen formas particulares de habitar y de ser definidas por el clima, el tipo de alimentos y las características del terreno, entre otras.

Dos consecuencias significativas se destacan del proceso de desterritorialización:

El cuestionamiento y replanteamiento del reconocimiento social (identidad social) construido históricamente

La identidad social de la persona en situación de desplazamiento se ve en especial afectada, porque ignora las procedencias e historias de sus ahora vecinos y en consecuencia no tiene claro qué esperan de ella los otros, qué se debe decir y a quién. Al tiempo que los demás desconocen quién es, de dónde viene, cuál es su pasado y la calidad de persona que es. Por tanto, en los contextos de llegada las personas desplazadas son las extrañas (12), los otros” pierden, al menos temporalmente, el relato del “nosotros” (13) y se ven obligados a construir un nuevo relato de sí en un contexto ajeno y desconocido.

A sus pérdidas económicas y afectivas se suma así la pérdida del *relato construido acerca de sí mismo*, pues estas personas “dejan tras de sí una identificación personal, muchas veces junto con una acabada biografía que incluye supuestos referidos a “como terminará sus días” (Goofman, 1996). El desplazado, convertido ahora en un desconocido, pierde el reconocimiento social que por años logró construir.

En su comunidad actual debe elaborar una nueva biografía que le permita desvincularse de su pasado, que le evite señalamientos y problemas de seguridad, una biografía “que incluye una versión de la clase de persona que fue en otro tiempo y del medio del cual proviene” (Goofman, 1996). Se construye así un nuevo relato que proyecta una imagen de sí mismo que pretende responder a la identidad “virtual” (lo que los demás esperan de él), puesto que la nueva versión acerca de sí mismos necesariamente debe ser coherente con los relatos de los otros por cuanto “la realidad de la vida cotidiana se reafirma continuamente en la

interacción del individuo con los otros” (Berger y Luckman, 1995).

Las versiones que construyen sobre el desplazado los otros (vecinos, funcionarios de instituciones a las que debe acudir, familiares) en los nuevos contextos suelen ser distintas y contradictorias, con base en las percepciones que tienen del fenómeno, en especial afectadas por las informaciones que circulan en los medios de comunicación. Se dirá que los desplazados son víctimas (pobrecitos), son un problema (acarrear conflictos y disputar bienes y servicios), son unos oportunistas y vividores (se hacen pasar por desplazados o si lo son no se ayudan a sí mismos, esperan que todo se les dé) y, en consecuencia, se generarán actitudes y comportamientos solidarios, caritativos, excluyentes o de rechazo.

Los desplazados que ingresan a la ciudad son calificados como exguerrilleros o paramilitares, en otros casos como delincuentes o avivatos. La población establecida tiende a suponer que en efecto el desplazado “es de uno u otro bando, y algo hizo o debía para que lo sacaran de su tierra”, o simplemente tiende a calificarlos como “un problema”, por cuanto vienen a disputarles los ya escasos bienes y servicios urbanos o a sumar conflictos a los barrios.

Este tipo de señalamientos genera en los desplazados sentimientos de rabia, frustración e inseguridad, pues para muchos de ellos significa cambiar su imagen de prestigio y reconocimiento (sus roles y atributos histórica y socialmente construidos), por otros nuevos derivados de su actual condición de desconocidos y extraños.

Frente a los desplazados se da una serie de respuestas sociales e institucionales que condicionan, a su vez, sus comportamientos. Son buscados para hacerlos “beneficiarios” de algunos programas (14), para ser “encuestados y analizados” o para ser perseguidos y nuevamente expulsados; en este contexto de mensajes y actitudes contradictorias no es fácil construir una versión coherente que de cuenta de quién fui y quién soy ahora.

El desconocimiento de los otros o la poca información que de ellos se posea, obliga a los desplazados a elaborar no sólo una sino múltiples biografías: una para el ejército, otra para el vecino, otra para la ONG, dependiendo de lo que suponen que cada entidad espera de ellos. En algunos casos se será desplazado de la guerrilla, en otros de los paramilitares, en otros casos se aburrieron del campo y decidieron probar suerte en la ciudad, habrá una historia para el cura, el funcionario, el vecino, el agente externo. Las distintas versiones generan no sólo contradicciones sino discontinuidades con la versión anterior (la de quienes lo conocieron y quienes lo acaban de conocer). Esto, sumado a la pérdida de sus “señales distintivas” (documentos, títulos de propiedad), genera temor e inseguridad.

La identidad individual determinada, además, por la imagen social, es también afectada pues el hecho de ser ignorados o señalados —“*Uno por aquí no es nadie, ni siquiera lo voltean a mirar, o si acaso lo miran rayado*”— deteriora su autoestima. La independencia y autonomía garantizada por el trabajo desempeñado en el campo se pierde en la ciudad, se pasa ahora a depender de la caridad pública, de la solidaridad del antiguo vecino o de lo que se puede arrancar a las instituciones. El estar en calidad de “arrimados” en casa de vecinos o familiares, o hacinados en inquilinatos; el no poder comprar los alimentos que antes tenían a mano, ni acceder a los consumos que la ciudad exige genera inestabilidad. De esta forma se pierden la continuidad y la mismidad, propias de la identidad (Grinberg, 1980).

En síntesis, perdidos los referentes sociales y materiales, deteriorada su identidad social y desestabilizados económica y emocionalmente, los desplazados sufren estados de depresión y ansiedad que comprometen su identidad personal. El desplazamiento significa la ruptura de todas las redes en las que la familia se ha conformado y mantenido, la destrucción de los proyectos individuales, familiares y sociales y, en consecuencia, un atentado a la integridad física y emocional de los afectados.

La pérdida de los soportes sociales construidos tradicionalmente

Los desplazados pierden sus referencias colectivas. La ciudad deteriora el sentido de pertenencia construido en relación con la vereda o el pueblo y que permite identificarse como parte “de” y construir la noción del “nosotros”; ahora son señalados como los negros, los del hablado feo, los de la vestimenta distinta, los extraños, los nuevos. Los desplazados son objeto de discriminaciones, son rechazados por su color de piel, por su apariencia y por su condición de desplazados.

Es indudable que la identidad social y personal de los desplazados sufre modificaciones pues, a pesar del significado o el tipo de relación que hayan podido establecer previamente con la ciudad y todas las dinámicas que ella encierra (15), la salida del campo se da de manera intempestiva, “no pedida”, precedida por presiones y humillaciones. Sus derechos han sido vulnerados en la forma de extorsiones, robos y amenazas, y en este sentido la posibilidad de “control sobre sus propias vidas” ha sido arrebatada.

La cotidianidad se modifica súbitamente, la regularidad de las acciones que se venían desempeñando, de acuerdo con las certezas y con las confianzas que posibilitaban actuar de alguna manera consciente de las consecuencias que desencadenarían en unas condiciones de vida, hasta entonces asumidas como estables, permitía

definir la capacidad que se tenía para influir, predecir y transformar en la propia vida individual, familiar y comunitaria. Fuera del espacio físico y simbólico sobre el cual se construyó la rutina diaria, la incertidumbre se constituye ahora en una de las principales características en la vida de los desplazados, obligando ello a un gran esfuerzo emocional para replantear el orden concedido a las prácticas y a los objetos en el tiempo y en el espacio así como al cuestionamiento sobre la primacía que ostentan ciertos modelos de identidad.

Estas circunstancias que obligan a un reacomodamiento tanto en el ámbito interno como externo de los sujetos en situación de desplazamiento, niega por lo menos por un tiempo, la posibilidad inmediata de reconstrucción de proyectos de vida con la definición de roles, comportamientos y relaciones que le son inherentes. El desplazado así se autodefine y es definido constantemente como “*desubicado*”, puesto que a pesar de que el cambio implica una incursión en lo desconocido, es presionado por el contexto en muchas ocasiones a comprometerse con hechos futuros que difícilmente puede predecir por su condición, pero que sí tiene que afrontar en sus consecuencias, lo que de acuerdo a Grinberg, (1 981) “Inexorablemente provoca sentimientos de ansiedad y depresión y la tendencia a aferrarse a lo conocido y familiar y sucumbir a la compulsión repetitiva para evitar lo nuevo”.

Los contextos significativos del individuo (familia y comunidad) son súbitamente arrebatados o cambiados produciéndose, en palabras de Berger y Luckman (1995), alternaciones, esto es, una amenaza para la realidad de los individuos, una revolución social en su ambiente, una transformación total por cuanto el individuo “permuta mundos” y sufre rupturas en su biografía subjetiva.

Las alternaciones, según los mencionados autores, requieren procesos de re-socialización” y exigen, por lo tanto, “una reorganización del aparato conversacional. Los interlocutores que intervienen en el diálogo significativo van cambiando y el diálogo con los otros significantes nuevos transforman la realidad subjetiva”.

Tomando en cuenta las etapas señaladas por Grinberg (1 984), para los procesos migratorios y advirtiendo que no todos recorren necesariamente los mismos caminos, podríamos decir que los desplazados viven los siguientes procesos:

1. Un primer período, inmediatamente posterior al desplazamiento, en el cual “priman los sentimientos de intenso dolor por todo lo abandonado o lo perdido, el temor a lo desconocido y vivencias muy profundas de soledad, carencia y desespero
2. “Después de un tiempo variable aflora la nostalgia y la pena por el mundo perdido”; esta nostalgia se acentúa en la medida en que se tiende a idealizar el

pasado y simultáneamente se vive un proceso de confrontación con una nueva realidad, en la mayoría de los casos hostil, difícil de aceptar y de comprender.

3. Teniendo en cuenta las condiciones del conflicto armado en el país y la ausencia de garantías para el retorno, la mayoría de los desplazados debe empezar a buscar las maneras de sobrevivir y proyectar en el “nuevo lugar”. Con ayuda de familiares y de paisanos, y en ocasiones de las instituciones, se permiten una “interacción más fluida entre su mundo interno y externo”. Sin embargo, esta etapa no se vive hasta tanto no se aclaren las expectativas del retorno o de la permanencia en el nuevo lugar, lo que genera una situación de “permanente transitoriedad”, que impide la estabilidad y concentración en planes y proyectos.

4. Estabilización y recuperación de la “capacidad de pensar, desear y de hacer proyectos a futuro”. Sólo con el transcurso del tiempo y si el desplazado cuenta con una red familiar, comunitaria e institucional de apoyo, y dependiendo de su experiencia vital (características biográficas), podrá apropiarse el nuevo entorno, lo que significa incidir en él, construir nuevos proyectos y, por lo tanto, elaborar una nueva narración (biografía) en la que se pueda evocar y articular su pasado y apropiarse el presente. Se dejara entonces la “identidad de desplazado”, para construir una nueva en la cual el desplazamiento se registre como un evento y no como una condición.

Como fruto de este proceso de conocimiento, confrontación y negociación, tanto con otras familias, migrantes y urbanas, como con los propios familiares, se produce una desestructuración-reconstrucción de la identidad en un proceso que

no se puede calificar a priori como positivo o negativo. El impacto de estos procesos dependerá por lo menos de los siguientes aspectos:

- La dimensión de la tragedia que vivieron (desaparición de miembros de la familia, destrucción de patrimonios, amenazas, miedo, etc.).
- La suficiente explicación sobre la causalidad de los hechos.
- Las características de la red social y familiar que la soportó.
- El tipo de comunidades al que ahora ingresan (cerradas o abiertas).
- Las posibilidades y oportunidades que se encuentren en el nuevo medio y de las transacciones que en él se realicen (lo que se toma y lo que se deja).

La identidad se define en un proceso complejo de articulación y “relación de la memoria (reconstrucción del pasado) con la práctica social (apropiación del presente), con la utopía (apropiación del futuro) y con la representación que el sujeto tiene de ese proceso gracias a su conciencia” (Guerra,1994). En este contexto, el desplazamiento representa una “ruptura dolorosa con el pasado”, una difícil apropiación de un presente que no ha sido ni pedido ni deseado y una gran incertidumbre y desaliento hacia el futuro; el desplazamiento destruye los proyectos y utopías que pudieron haber existido. Sin embargo, para algunos desplazados (en este caso es necesario observar las diferencias propias de la edad y el género) el desplazamiento significa una oportunidad para acceder a actividades propias de su edad, para renegociar roles, para ganar reconocimiento, etc.

Notas

1. “El malestar emocional experimentado se manifiesta como intranquilidad, desasosiego, inquietud (ansiedad) y tristeza y desánimo (depresión). La respuesta emocional predominante durante los momentos previos y en el desplazamiento mismo es el miedo; después se agrega, sin que necesariamente se haya resuelto el miedo, el trabajo de asumir las pérdidas parciales o totales (...) que originan distintos procesos de duelo signados en general por la tristeza” (Camilo, 2000, 23).
2. Berger y Luckman. *Modernidad pluralismo y crisis de sentido*. Paidós, Barcelona 1996.
3. El sistema de Estimación del Desplazamiento Forzado SEFC de la Red de Solidaridad Social registra que el 81% de los desplazamientos en el año 2000 corresponden a la modalidad individual o familiar.
4. Esta temática se profundiza en Bello (2000).
5. Tanto la identidad social como la personal “forman parte, ante todo, de las expectativas y definiciones que tienen otras personas respecto del individuo cuya identidad se cuestiona” (GOFFMAN, 1995, 126).
6. Según narran diversas familias, posteriormente al desplazamiento, se agudizan conflictos en la pareja, puesto que vienen una serie de señalamientos tendientes a ubicar responsabilidades y culpas en el interior de la familia misma. Recriminaciones como: “porque habló con quien no debía”, “por meterse con gente que no le convenía”, etc. indican una tendencia a desplazar la culpa hacia sí mismo o hacia los seres cercanos y a desconocer los contextos y procesos que dan lugar a su situación.
7. JQHNSQN (1973) citado por LINARES (1996).
8. “La muerte y el miedo que se generan en una “zona de violencia” hacen que los seres humanos que las habitan configuran una serie de imaginarios así como resemantizan, referenciados estos imaginarios, tanto

los lugares como sus habitantes. Los espacios tradicionales son rebautizados en función del terror y del mal” (Castillejo, 2000).

9. Con base en las narraciones colectivas e individuales de los participantes en la investigación, se elaboraron los mapas vecinales. En estos mapas se dibujan las relaciones y vínculos de las comunidades de procedencia y las formas específicas como dichas relaciones se afectan a partir de la presencia de los actores armados. Así mismo, se efectuaron los mapas vecinales actuales con el fin de evidenciar las transformaciones en el tipo de relaciones que se establecen en los nuevos lugares de residencia.
10. Espacio en su doble dimensión: física y simbólica.
11. “El desplazamiento forzado es un fenómeno de desterritorialización: es decir, de la fragmentación de una de las dimensiones de la identidad” (Castillejo: 2000).
12. “La experiencia de lo extraño es una experiencia de un estar aquí—simbólicamente hablando— y es inherente a una situación de transitoriedad y de distancia con un grupo determinado. La
13. persona está al margen del mundo que habitaba físicamente” (Castillejo, 2000:114).
14. Es posible que el “nosotros” dé cuenta en adelante de “los desplazados” y no ya de la comunidad o del grupo social al cual se perteneció.
15. En este sentido es de resaltar la “avalancha” de agencias internacionales y nacionales, de universidades y hasta programas gubernamentales, todos con el afán de encontrar a “sus beneficiarios”. Es notoria la existencia de programas y propuestas para los desplazados, lamentablemente la mayoría de ellas son respuestas coyunturales y asistenciales que colocan a las agencias en una constante preocupación por ejecutar y legitimar sus acciones. Sin embargo, la cantidad y dispersión de ofertas más que contribuir a generar procesos sostenibles y colectivos fomentan la competencia, la desconfianza y la dispersión de los desplazados.
16. Para algunos desplazados la ciudad no es un espacio indeseable ni desconocido, por lo contrario, para algunos de ellos la ciudad representa una aspiración o meta, simboliza la posibilidad de progreso.

***Martha Nubia Bello.** Trabajadora social. Master en Ciencias Políticas. Candidata a master en Investigación interdisciplinaria. Profesora Asociada de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá. Autora de diversos libros sobre desplazamiento forzado desde la perspectiva psicosocial.